



Graciela Huinao

Oficio y sacrificio

Pura sonrisa, puros ojos y cabellera azulada se imponen en esta mujer discreta que ya es conocida en el extranjero por sus poemas, pero que sólo ahora publica su primer libro. Leo y releo *Wailano* y siento que es la primera vez que conozco un libro de una poetisa de nuestros pueblos originarios. Me asombra esta escritura donde la vida y la muerte se hermanan, donde los antepasados se sienten vivos y activos en toda su transcendencia. Estos poemas que se presentan en castellano y mapuzungun (Editorial La Gata Morena) son fruto de una larga elaboración. Mejor dicho, son la transposición al verso de una vida con todos sus raíces.

Hace años que la conozco. En la Casa del Escritor, desde algún asiento me asala su saludo cordial. Graciela Huinao es huilliche (gente del sur), pero su padre descende del único sobreviviente chono o kawashkar de una isla austral. Así de simple. Engendrado por Adolfo Huinao que fue salvado por su madre cuando le mataron al padre y al hermano. La desdichada no llevó nada consigo, tan sólo a su niño, se embarcó en su canoa, se hizo a la mar y navegó, navegó rumbo al norte, mientras volaban los cientos de gansos que ella criaba y ahora dejaba en su isla abandonada para siempre.

"La marginalidad del sur es terrible", dice Graciela: cuando fui por primera vez al colegio, supe que era mapuche. Antes no lo sabía. Me sentía niña, no más. Me decían "india". No sé si era mapuche, sino "india, fea y negra, chola". Yo sabía que eso decían las niñas porque eso escuchan de sus padres, porque en sus casas hablan así. Yo tenía una abundante cabellera negra y me la peinaba en dos moños pesados. Entonces, me decían "¡a dos moños!" y se burlaban de mí. Eso me hacía sufrir. Tenía unos veinticinco años cuando fui por primera vez en mi vida donde un peluquero. Ese hombre me desató el moño y se quedó admirado de mi pelo. Entonces echó las horquillas al basurero y me ordenó: "Desde hoy, lo usas suelto". Nunca sabí ese peluquero el bien que me hizo".

¿Cómo era tu vida familiar?
"No puedo imaginar dicha mayor. La infancia más feliz. Era la menor de cuatro hermanos y me cuidaban y mimaban. Mi padre, Dolorindo Huinao Loí, fue agricultor y después obrero misionero. Trabajó en el molino por treinta y ocho años. Nunca se volvió a casar cuando quedó viudo. Un día le pregunté por qué. Me dijo sin muchas palabras: 'No habría soportado que una mujer se pegara'. Mi madre, Herminia Alarcón, murió de un ataque al corazón cuando yo tenía trece años".

¿Era mapuche?
"También. En realidad su apellido no debía ser Alarcón sino Chaurra, pues su padre era Juan Chaurra. Pero cuando a éste lo llevaron a montar en la leva para el servicio militar obligatorio, le cambiaron el nombre. Su país era la cordillera, pero se sintió transportado a otro país, desconocido. Tal vez, sería Valdivia. Contaba con mucha gracia

que formaron a todos los mapuches y su cabo dibujaba penosamente las letras con un carbón, mientras les preguntaba el nombre, a uno por uno. ¿Cómo se llaman? Juan Chaurra. No sé escribir ese nombre, muy difícil. El cabo miró a la pared donde había un calendario que decía: 'Almacén Alarcón'. ¿Ver? Alarcón es bonito. Así te voy a poner... Y les puso Alarcón a todos los que no les podía escribir el apellido... Chaurra quiere decir flor. Y como una flor era mi abuelo de hermoso y delicado. Chaurra Chaurra era el nombre de toda esa tierra que ahora se conoce como Osorno. Significa: 'Fiesta de las Flores' y los antiguos cuentan que antes, mucho antes de que llegaran los invasores, cada año se cubría la tierra de montes de flores y se hacían las fiestas más hermosas y las mujeres se ponían flores en el pelo, flores blancas, flores de color".

¿Por qué tu libro se llama *Wailano*?
"Quiero decir nuestro de maliz y es el nombre de mi comunidad. Allí nací yo. Allí nació mi padre. Su madre, mi abuela era la dueña de esa tierra. A su vez, su madre era la dueña de esa tierra. Mi abuela era Almacén Loí Carrilaf y me amaba. Tenía una imaginación portentosa y hacía hablar a los animales. También me daba sus trenzas para que yo me columpiara en ellas y cuando mi padre lo descubrió, nos regaló muchísimo. Pienso que mi infancia fue tan mágica y ellos me la dieron. Me contaban cuentos. Desde semilla empecé a oír cuentos, porque mi madre se los contaba a mis hermanos cuando me estaba esperando. Crecí en un mundo encantado y cuando ella me hablaba del canabueño que vivía en los ríos, yo lo veía caminando y distinguía los colores y forma que ella describía. Nunca he podido olvidar cuando estaba atascada para ir a la escuela y mi madre sopaba cada cucharada de sopa para que yo no me quemara y comiera antes de irme. Cuando murió mi madre, seguí estudiando y por primera vez, habé de preocuparme de los quehaceres do-

mésticos. Cometía muchos errores, pero mi padre todo lo comprendía y no me regaló jamás. Terminé el liceo, la enseñanza media, y no pude seguir estudiando. Murió mi padre, se nos vino encima la miseria. Partí a trabajar a Santiago con unos patrones".

¿Cómo se fue?
"Algo espumoso. A los quince días me arrancó. Me hacían trabajar sin parar. Levantarme a las cinco de la mañana y acostarme a las once de la noche. Tenía las plantas de los pies llenas de ampollas. Nunca he parado de trabajar. No le he hecho asco a ninguna tarea. He cuidado niños, he cuidado enfermos, he pasado trabajos en limpio. Y escribo y corrijo mucho. Me he superpuesto a la timidez. Antes me costaba hablar, tenía las ideas, los argumentos muy claros, pero las palabras se me iban hacia adentro. De pronto, la personalidad escondida asomó y se enfrentó a la realidad y abrió los ojos".

¿Cuándo empezaste a escribir?
"Creo que siempre. He dedicado un poema a mi profesor Hernán Triviño, un profesor de campo, fue el primero que me estimuló. El valoraba a los niños. El nos enseñó que todos somos iguales. Desde muy niña fui acumulando cuadernos que no abandoné jamás. Los llevaba en un bolso. Eran muy secretos. Pero un día mi hermana me los descubrió y estábamos sentados a la mesa cuando leyó en voz alta un poema mío, de amor. Yo tenía una vergüenza espumosa. Mi padre sólo dijo: 'Bien. Ese cuaderno es de Graciela, no tienes por qué tenerlo tú'".

El autor de los "copihues rojos"

Ignacio Verdugo Cavada nace en 1887 y fallece en 1970, a los 83 años. Estudió humanidades en el Seminario de Concepción y en el liceo de la provincia, y doctor en la Universidad de Chile. Se titula de abogado en 1910 y en 1912 es secretario de la Intendencia de Concepción. En sus escritos literarios tuvo como maestros a los prebiteros Pedro Pablo Calas, Luis Felipe Contardo y Bernardino Aburto, hecho probatorio de su ferviente catolicismo. Es autor, entre otros poemas, de los "copihues rojos", "rosados" y "blancos" con música de don Arturo

Arancibia. Desde 1915 se dedica a la agricultura en la provincia de Bío Bío, departamento de Mulchén, en el fundo Mibulco. En 1962, Mulchén publicó en su homenaje, su poemario "Alma de Chile". Fue miembro correspondiente de la Real Academia de Málaga. Casado con doña Mercedes Rebolledo, padre de ocho hijos.

Rafel Silva Castro en su "Panorama Literario de Chile", Santiago 1961, afirma que el poeta "no ha cedido jamás a la tentación de componer un libro con sus producciones dispersas entre las cuales hay algunas tan populares como las dedicadas a 'los copihues'". A su vez, Carlos Reyel Correa en sus "Poetas Chilenos del siglo XX", Santiago, 1972, afirma que el poeta "vivió la alegría de su juventud en las tierras de Concepción, en los legendarios alrededores de

En un viaje, se incendió el vagón. Yo ayudé a sacar a los niños del tren y cuando pasó el amigo, descubí que me habían robado mi bolso. Perdí todos mis poemas de infancia y juventud. Sé que no eran buenos, muy descriptivos, sin oficio ni sacrificio, pero correspondían a mis emociones más íntimas. No me frustré con la pérdida y seguí escribiendo. Cuando estaba recién llegada del sur, en Villa del Mar, una gitana muy vieja me vio la muerte. Miró mis palmas y dijo: 'Veo poesía en tus manos. Tienes que sacarla. Está en las líneas'. Sentí frío y me dio miedo".

¿Escribes en mapuzungun?
"No. Tengo una muestra que es muy importante, doña Clara Asinosa Varas. Ella me asesora. Todo poeta mapuche necesita una asesora. La versificación en nuestra lengua es muy compleja, sus leyes son completamente distintas a las leyes de la versificación castellana. Como es una lengua aglutinante, una sola palabra puede corresponder a un verso entero. La riqueza de vocabulario es enorme. Tanto como oír la lengua. Cuando nuestro pueblo la habla, el lenguaje poético fluye natural, así los habitantes provenientes de los más inhóspitos lugares. Por esos lados, ellos hablaban solitos, mejor dicho, hablaban con la cordillera, hablaban con los árboles, con los animales. Es una herencia. Me gusta ir a la feria libre de Osorno y juntarme con los huilliches, oír su habla, su sonido, su canto, algo musical que quiero captar: sé cuando es del norte, más pleno y seco. O es como una ola, sube y baja. Fuera del verso, escribo cuentos, relatos diversos. También quiero aprender más mi lengua. Esto es una dedicación de la vida. Quisiera traducir narraciones muy hermosas, algo de lo que me transmitieron mis antepasados".

¿Cómo percibes la situación actual?
"Tengo muy claros mis ideales, mis inclinaciones, mis puntos de vista en relación con los problemas que afectan al país, pero mi objetivo es la poesía. Aspiro a una poesía universal que llegue a todos. No me estanco en el solo huequito. Pienso que mi pueblo trasciende en mi poesía, que con ella puede espaciarse. Pretendo mostrarlo como lo que éramos antes: sin fronteras. Debo ir más allá".

Si no fueras poetisa, ¿qué te gustaría ser?

"Curandera" ●

VIRGINIA VIDAL

Mulchén" y que pocos, como él, han interpretado el alma y el paisaje de Araucanía". Y agrega: "En sus versos de 'los copihues' hay una simbólica interpretación de nuestra raza araucana". Verdugo Cavada es autor del libro "Alma de Chile". El resto de su poesía, un caudal de gracia, no supera estas captaciones directas, con la emoción críola de la vista. Sigamos la primera y última estrofa de sus inolvidables "copihues rojos".

"Soy una chipa de fuego que del bono que en los abrojos abrió sus pétalos rojos bajo el nocturno susurro junio. Las raras indianas/ las que al surgir las mañanas/ en las cumbres solitarias/ guardo en mis hojas sangrientas/ las lágrimas araucanas".

Y la decisiva estrofa final:

Oficio y sacrificio [artículo] Virginia Vidal.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Vidal, Virginia

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oficio y sacrificio [artículo] Virginia Vidal. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile